

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

El sueño del tatuaje

Era diciembre. El frío era soportable y pasable si se tenía una frazada al hombro. En el lugar había un servicio de café, de manera que entre sorbo y sorbo yo veía cómo técnicos y empleados y actrices y actores corrían a sus respectivos puestos para hacer las escenas que el guión mandaba. Había que cumplir con la filmación de la obra. Luces aquí, órdenes del director allá, micrófonos y voces.

El sol de invierno es muy fuerte, “pega” con más furia que el sol cotidiano. Claro, si uno permanece en la sombra se hace necesaria la chamarra o el saco, a veces el abrigo, para no sufrir con el aire de esa estación que corta la piel. En fin, yo, sentado, y claro, cerca del café, la rutina se me hacía agradable. Y más agradable fue cuando de repente, frente a mí, una bella maquillista me “retocaba” y me quitaba el “brillo” de la cara. Sentí que su mano se entretenía más tiempo del normal en mi rostro, y luego cuando el suéter que la cubría, pero que no estaba abotonado, me mostraba que su cuerpo tenía el encanto de la próxima primavera, que su pecho llenaba las expectativas más lúdicas de mi pensamiento procaz. Al tenerla tan cerca, esa muchacha de mirada tierna, de ojos que dicen cosas que su boca no puede pronunciar, me produjo un temblor que me sorprendió. Sí, yo, fogueado en los cuatrocientos combates que Afrodita pone como condición para traspasar los límites del pudor. Yo, que he luchado contra mujeres amazónicas y que –lo digo con humildad erótica– no he salido mal librado. Yo, que he recorrido muchas pieles de hembras

venusinas y que he llenado días y noches enteras de lúbricas confrontaciones y que he cantado a dueto los cantares del amor y que he campeado y hecho el vivac reponedor de fuerzas vitales y que he visto muslos y brazos y ojos y labios y vientres que son Vesubios y Montes y Valles y Cumbres dichosas y succulentas y provocadoras y resueltas y enteras y habitadas por el mismo Eros sediento; digo que cuando la tenía a unos centímetros de mi alcance, cuando observé su pecho, la Vía Láctea me llenó el rostro de añoranzas, sentí que esa mujer tenía un fuego interno que a la menor provocación podría explotar y llenar nuestro entorno con bocanadas de lava y que su boca estaría como la boca del Paricutín, y que si yo me atreviera a tomarla en mis manos y cubrirla con mis brazos y llenarla de palabras mágicas e inundarla de besos sanguinarios, la fiesta de los faunos se quedaría, ante nuestra actividad volcánica, como juego de dos gnomos primerizos. Ese momento, pequeño, por lo demás, bastó para sentir que ella estaría dispuesta, como yo lo estaba



Carlos Bracho

ya, a huir de ese lugar y lanzar a los cuatro vientos la ropa que nos abrigaba y que ya sin los velos enojosos las palabras saldrían sobrando, pues dejaríamos que nuestros cuerpos charlaran y se dijeran las historias del más allá, y que nuestras pieles establecerían el diálogo que Platón no supo comprender, y nuestros labios y nuestros muslos le dirían al filósofo que nuestro amor no podría, nunca, jamás ser platónico, no. Nuestro amor sería contra la razón, sería una lucha, no contra el amor, sino contra la muerte que el alma siente cuando ve que la batalla de dos seres terminará en la locura en la que caen todos los hombres, todas las mujeres del planeta, locura que da calor y vida y fuerza y gozo y ternura y bríos y dolor y placer...

En fin, por mi mente –claro, por su cercanía y por su rostro en donde bailan unos ojos inquietos– pasó todo el pensamiento que describo. Ella terminó su labor, guardó sus útiles de trabajo. Me miró para contemplar su obra, me pasó sus manos por mi cabeza para arreglar algún desperfecto, pero lo hizo tan suave, pero tan eléctrico que era una señal de que ella también había soñado al mismo tiempo que yo lo hacía, y había pensado lo que mi pensamiento trazó en esos instantes. Terminó su labor y dio la media vuelta. Su andar confirmaba mis sospechas: ella era una mujer viva y llena de intensas vibraciones lúdicas. –¡Anely! –le dije. Y tratando de que todas las personas que casi nos rodeaban no escucharan mis palabras. –¡Anely! Quiero ver el tatuaje que llevas. Quiero ver los tatuajes, todos. –Ella sonrió. Se detuvo y dijo que sí, que yo podría ver todos sus tatuajes. Que los podría observar y tocar. Aclaro que ella –había yo visto un tatuaje que estaba en su torso– no es dada a mostrar esos dibujos corporales, no, pero yo que veo más que un lince ciego, los había descubierto en un descuido de mi amiga. Ante la ansiedad que su “sí” me había producido, apuré no uno, cinco, diez tazas de café. Las horas de ese día pasaron para mí como nubes negras cargadas de lluvias torrenciales. Los momentos que pasamos en esa filmación fueron interminables, largos como los años que tarda Saturno en circunvalar el universo. Llegó la hora del “corte” final. Mi auto corrió a velocidades vertiginosas por las calles –ya la noche había caído sobre la

ciudad–, y ella, viajaba casi recostada en mí y cada tumbo, cada vuelta renovaba mi sangre y me predisponía para emprender con ella el otro viaje, el viaje del sueño, el viaje de los que aman, el viaje de los que aman las caricias y viajan con el murmullo de las pieles que se dicen secretos ancestrales. Cuando terminó de quitarse aquella ropa yo no tuve cabeza ni ojos para fijarme en el tatuaje, sólo vi un cuerpo delicioso y que era como aquella selva de cedros y abetos, y de plantas cuyas flores se abrían en colores a la vida. Su cuerpo era –es– como la laguna escondida entre las montañas azules, era como los Andes, con cerros y cumbres y recodos para caminarlos, para palparlos, para acariciarlos, para respirarlos, para aspirarlos, para adentrarse en ellos, para vivir horas enteras sumergido en su vaho matutino; cuerpo de hembra plena. Cuerpo que me dictaba la línea pasional que yo debería de seguir. Obedecí su llamado, obedecí a sus requiebros, sucumbí ante sus dedos, me abatieron sus muslos, me acabaron sus manos, la lengua cálida fue fuego que envolvió mi ansia de libertad, su voz llenó mis oídos de palabras llenas de rumores profundos y que al decirlas la razón perdía la batalla. Así, piel a piel, sudor a sudor, cansancio a cansancio, placer a placer, pasaron por la habitación de penumbras los espíritus de nuestros cuerpos. No fue necesaria la charla o la plática final. No. Nos dimos un abrazo que era el abrazo del amor satisfecho, era el abrazo de la fatiga crepuscular, era el abrazo de dos cuerpos plenos que habían cumplido la tarea y ahora estaban satisfechos.

Era ya de madrugada. La dejé en su casa. Me miró con una mirada que decía que los sueños son verdades absolutas y que quizá la aventura podría repetirse... Me dio un beso que me supo a la miel que las abejas noctívas se disputan una a otra. Arranqué el auto cuando ella había desaparecido, cuando ya su mirada estaba viendo las paredes y los objetos de su cuarto. Como yo no había observado su tatuaje, me dije, con la sonrisa y con el agua en la boca: en otro día le diré lo mismo: –¡Anely!, ¿puedo ver tu tatuaje?... ■